

SOLEMNIDAD DE SAN PEDRO Y SAN PABLO
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
29 de junio de 2018
Hch 12, 1-11; 2 Tim 4, 6-8.17-18; Mt 16, 13-19

Hoy celebramos con gozo los paladines de los apóstoles: San Pedro y San Pablo. Ambos, hermanos y hermanas, se dejaron tomar por Cristo, ambos trabajaron incansablemente por la difusión del Evangelio, ambos se dieron a la edificación de la Iglesia. Ambos derramaron la sangre a causa de Jesucristo y por amor a él. Eran muy diferentes, con carismas complementarios, en algún momento habían sostenido pareceres diversos (cf. Gal 2, 11), pero los unía una misma caridad. Y ahora son las dos columnas fundamentales de la Iglesia.

Quisiera destacar dos rasgos principales que tienen en común: la adhesión personal a Jesucristo hasta la muerte y el testimonio evangelizador.

Cada uno tenía su historia. Uno era pescador en el lago de Galilea y compartía el negocio con algunos compañeros. El otro era un maestro de la Ley formado en una buena escuela rabínica de Jerusalén. Ninguno de los dos era perfecto, pero ambos querían ser fieles al Dios de la alianza. Sus vidas, sin embargo, no se habrían encontrado nunca. Jesús, en cambio, dio vuelta a su existencia y los puso al servicio del Evangelio.

A Pedro, lo encontró mientras estaba cerca del lago echando las redes al agua (Lc 4, 18). Lo llamó para ir con él e instruirle sobre los Misterios del Reino. Pedro se dejó fascinar por Jesús; lo dejó todo y se fue con él. Poco a poco, lo fue conociendo cada vez más: su vida, su mensaje, su misión de liberación y de salvación. Hasta llegar a la confesión mesiánica que acabamos de escuchar en el evangelio: *Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo*. Una confesión de fe que es fruto del conocimiento interior que le ha dado el Padre pero que él acoge con convencimiento. La debilidad y el temperamento fogoso continuaron en su persona, pero cada vez Jesucristo ocupaba más espacio en su corazón, en su inteligencia, en su vida. Ni el pecado de la negación triple de Jesús durante la pasión, lo hizo dudar, una vez vuelto en sí espiritualmente, del amor que Cristo le tenía a pesar de ser un pecador. Pedro amaba a Jesús. Pero sobre todo Jesús amaba a Pedro. Y fue la conciencia de este amor que lo llevó a servir abnegadamente a los hermanos, a confirmarlos en la fe, a derramar la sangre en la ciudad de Roma, cambiando del todo la negación de Jerusalén.

Pablo, que era un judío de cultura helénica, recibió la manifestación de Jesucristo cuando iba camino de Damasco persiguiendo a los cristianos. El perseguidor, sin embargo, que respiraba amenazas y muerte contra los discípulos del Evangelio (cf. Hch 9, 1), fue transformado por la luz divina. Entonces, Jesús pasó de ser "el perseguido" a ser el Señor (cf. Hch 9, 05:10), el centro de su existencia. Pablo no había conocido a Jesús en su vida terrenal; por eso pasó un tiempo largo para profundizar la fe cristiana y dejar que fuese transformando su persona; después, empezó a predicar incansablemente el Evangelio, contando con el reconocimiento de Pedro y los otros apóstoles (cf. Gal 2, 9). Su celo, acompañado por un temperamento fuerte y enérgico, soportó todo tipo de dificultades para llevar la Buena Nueva, de palabra y por escrito, de territorio en territorio hasta llegar a la capital del mundo de entonces, la ciudad de Roma. Allí dio la vida por Jesucristo que él tanto había amado y por el que tanto había sufrido. Sabía de quien se había fiado (cf. 2 Tim 12), y no quedó confundido en su esperanza.

Adhesión personal a Jesucristo i testimonio evangelizador. Constituyen el núcleo del mensaje que nos transmiten los dos grandes apóstoles que hoy celebramos. En este

día debemos acogerlo y profundizar nuestra relación personal con Jesucristo resucitado. Pues no se trata de un personaje del pasado, sino de una persona que vive, con la cual podemos hablar de tú a tú, en la fe y en el amor, a partir de la Palabra de Dios, del encuentro con él en la Eucaristía, de la oración, del encuentro con cada ser humano.

Los dos apóstoles que hoy celebramos, nos llaman, también, a ser testigos. A compartir con los demás el tesoro que hemos encontrado en Jesucristo. No siempre es fácil ser testigos de él. Muy a menudo, nos podemos encontrar con la indiferencia de una sociedad que pasa del hecho religioso a pesar de experimentar la aridez espiritual; nos podemos encontrar, también, con la hostilidad debido a prejuicios o de malos testimonios. Pero la situación nuestra no es más difícil que la que encontraron San Pedro y San Pablo en el contexto social y religioso de su tiempo. Para perseverar, debemos ser conscientes de la maravilla que es sabernos llamados y amados por Jesucristo y por el Padre del cielo que con su Espíritu Santo nos da vigor y coraje. Debemos anunciar el amor de Jesucristo, sin querer imponer nada, respetando la libertad de opción de las personas. Debemos sembrar dejando que sea el soplo suave del Espíritu quien haga germinar y crecer cuando encuentre una acogida apropiada. Nuestro testimonio debe ser desde la alegría; demasiado a menudo los cristianos adoptamos una actitud que no transparenta la alegría de la fe. Puede ser que no vivamos la fe a fondo. Porque dejar entrar a Jesucristo en la propia existencia y hacer del Evangelio la norma de vida es fuente interior de alegría, de una alegría íntima que se comunica en la mirada y en el comportamiento exterior.

Adhesión personal a Jesucristo hasta la muerte y testimonio evangelizador. Son los dos elementos fundamentales del mensaje que nos transmiten los Santos Apóstoles Pedro y Pablo. Es un mensaje destinado a todos los cristianos. Pero que tiene unas connotaciones especiales para los que hemos recibido la vocación monástica en la escuela benedictina. San Benito nos enseña a hacer que Jesucristo sea el centro y el culmen de nuestra vida personal y comunitaria. Amado por encima de todo, nos ayuda a vivir el amor fraterno en el seno de la comunidad y con las personas que se acercan a nosotros. Quien se ha dejado seducir por Cristo y no antepone nada a su amor, sabe descubrirlo en cada ser humano, en cada circunstancia de la vida. Con el progreso en la fe y en la vida monástica, nuestro yo se va transformando hasta reproducir en nosotros –aunque indignos, por pura gracia- la imagen de Jesucristo. Entonces nuestra palabra procedente de un corazón evangelizado puede ser evangelizadora y nuestra vida comunitaria, vivida en la dinámica de perdón y fiesta en la entrega total a los demás, se hace atrayente para todos los que se acercan a nosotros. Entonces, el monasterio puede ser escuela de fe y de comunión para la Iglesia y para la sociedad.

Ahora nos disponemos a celebrar la Eucaristía. Acojamos al Señor con la fe de San Pedro, descubriendo la presencia de Cristo resucitado. Y dejemos que él nos impulse hacia la misión en la vida de cada día, como hizo en San Pablo.